

**L**LEGO al bar de Cándido bastante temprano, hacia las once o las once y media, y le dijo al camarero: —No me voy a mover de aquí en toda la mañana; espero una llamada.

Ya habían recogido los servicios para los desayunos, o sea los platos con los bollos, los torteles, las ensaimadas, las porras, los croasán y los churros que quedaban, y también los pocillos de café vacíos, con la cucharilla y el terrón de azúcar al borde de cada plato, y Julián estaba empezando a machacar las barras de hielo, trabajo que no le disgustaba en aquel tiempo.

—¿En este número? —le preguntó Julián.

—Lo anoté el otro día —dijo dando la vuelta en torno al teléfono— y lo di para que me llamaran aquí. Supongo que no te importará, ¿eh?

—¿No, hombre, faltaría más!

Se sentó en el borde del banco que hay arrimado a la pared y allí estuvo toda la mañana esperando.

Hacia el mediodía el bar se llenó de gente sedienta. Cándido, manejando el grifo de la cerveza sin parar ni un solo momento, con la espuma que se escurre por entre sus dedos y el borde de los vasos, y Julián y Rodrigo, el chico, sirviendo las cañas y todo lo demás, el primero en la barra y el otro fuera, con la bandeja en alto por entre la gente que habla por los codos y fuma y suda por las axilas, el pecho, la espalda, la frente, el bigote, por la entrepierna y por todas partes. En la cocina, la cocinera vieja y la hija de Cándido preparan un menú único, el que corresponde al día que es —la paella es los jueves, el cocido los domingos, la fabada asturiana los miércoles, los viernes pescado, por si acaso, etc.—, para los clientes que quieran comer. Muchos de ellos son como de casa, sobre todo en verano, en que las familias están descabaladas y hay muchos hombres que andan como perdidos y a veces no comen si no encuentran un sitio de confianza y económico.

—¿Eh, don Luis! —le grita Cándido sobre las cabezas y las charlas de la gente—. ¡Ahí va la cañita!

Sentado en el borde del banco que hay arrimado a la pared, debajo del teléfono, que brilla silencioso e inmóvil en medio de la pared llena de manchas, de nombres y de números, unos sobre otros, don Luis levanta la vista y parece sonreír. Rodrigo le pasa la caña, y don Luis bebe, pensativo, algo confortado ahora. Algunos de los parroquianos lo conocen y le saludan, hablan con él, etc., pero don Luis no es muy comunicativo y está preocupado por lo de la llamada, que no llega, no acaba de llegar.

Poco a poco los bebedores de cerveza se van marchando, y el ambiente del bar clarea, se quedan solo los que van a comer, a excepción de esos pájaros de paso de última hora que van de prisa por la acera, acabada su jornada matinal, camino de casa, y de repente se paran y entran allí, piden una caña y se la toman

corriendo, de un trago, sin decir nada y dejando ya, a la vez, las dos veinticinco o las dos cincuenta encima del mostrador, para no esperar por el cambio ni entretenerse más.

La calle parece haberse quedado desierta y quieta, inmovilizada, por un momento, y ni siquiera ruedan los coches a esa hora en que todo el mundo está comiendo, bien porque se siente a la mesa y empieza, porque haya acabado y vaya a levantarse, o bien porque ande por el medio de la comida, mientras el fuego del sol va cayendo verticalmente y sin interrupción sobre las calles y las casas grises de la ciudad, en medio de la llanura amarilla y caliente, cruzada ahora acaso por un tren.

A don Luis le ha servido Rosa, la hija de Cándido, y ya va por el postre. Ha comido en el mismo sitio en que estaba, sentado en la esquina del banco, bajo el teléfono. Julián pasa frente a él, camino de la cocina, donde va a comer a su vez, y le pregunta, como si de pronto se hubiera acordado de aquello:

—¿Pero aún no ha hablado usted?

Don Luis arrugó los párpados bajo la frente sombría.

—No, hombre, no; qué quieres —le respondió—, todavía esperando.

Julián movió la cabeza de un lado a otro, de una manera paciente y a la vez airada, al tiempo que echaba un vistazo al teléfono inmóvil y mudo.

Una hora después, cuando no queda definitivamente nadie en el bar y la calle vive de nuevo, con sus movimientos y sus ruidos, es Cándido el que se acerca —seguramente lo estuvieron comentando mientras comían todos juntos, allá en la cocina— y le dice:

—¿No podría usted llamar a algún número para ver qué pasa?

Don Luis niega con la cabeza, alza

languidecía o era inexistente en muchos aspectos o sectores. Comercios y oficinas cerrados, la gente ausente, fuera o metida en casa; los géneros dentro por el calor, las calles casi vacías, el trabajo medio parado, los negocios y los espectáculos esperando la nueva temporada. Don Luis estaba de vacaciones, pero no disfrutaba de ellas. En realidad, había solicitado, como otros años —y

Por DANIEL SUEIRO

las cejas, se humedece los labios con la lengua.

—Tengo que esperar —dice—. Me tienen que llamar a este número. Yo no puedo llamar a ninguna parte, porque no sé... Me dijeron que me llamarían aquí, pero ya está tardando.

—A lo mejor no cogieron bien el número —aventuró Cándido.

—No, no es eso. Será que pasa algo...

—¿Es alguna cosa grave?

Don Luis volvió a alzar las cejas, a mover la cabeza y los hombros, pensativo y preocupado.

—¿Qué se le va a hacer! —dijo.

—Mira que es raro... —se fue murmurando Cándido.

Mediaba ya el verano, y la vida de la ciudad, como siempre pasa,

alguna vez lo había conseguido—, que no le dieran las vacaciones, pero le habían obligado a tomarlas. Había pedido que le dejaran trabajar también durante aquel mes, con lo que hubiera cobrado doble: una mensualidad que le correspondía como si estuviera ausente y no hiciera nada, y otra precisamente por quedarse y trabajar; pero la empresa, cumpliendo en esto con la nueva legislación, no había aceptado su propuesta. Don Luis no tenía ganas de tomarse sus vacaciones, que no precisaba; hacía tiempo que no tenía ganas de nada, nada que no fuera cumplir y arreglárselas para mantener a la familia y tapar los huecos que constantemente se iban abriendo en su economía, o sea en su vida. Había mandado a su mujer y a sus





# EL HOMBRE QUE ESPERABA UNA LLAMADA

hijos fuera de Madrid, para que pasaran una temporada, la del verano, y vivía esperanzado con la idea de que el doble sueldo de agosto le permitiría mantenerlos allí y arreglar a la vez dos o tres cuestiones de menos importancia. Pero le hicieron tomar las vacaciones y lo fastidieron. Sin embargo, aun estando de vacaciones, don Luis no se decidió a abandonar la ciudad y se puso a buscar. ¿Cómo iba a marcharse, si no podía? Estaba dispuesto a despegar toda la actividad que fuese necesaria —a pesar del calor y el marasmo de la ciudad en pleno verano— para poder compensar de algún modo aquella faena que le habían hecho al obligarle a tomar efectivamente sus vacaciones.

Los primeros pasos no habían ido mal, y todo consistía en saber esperar un poco. «Si esto sale bien —había pensado en un principio don Luis—, me río yo de las vacaciones pagadas y de toda la legislación social.»

A media tarde, don Luis, algo cansado ya, se levantó y dio unos paseos de impaciencia —para estirar las piernas— desde el pie del teléfono a la puerta y viceversa.

—¡Me ca...! —exclamó en un momento—. ¡Y que no me llaman!

Julián, que le miraba, le preguntó sin demostrar mucho interés:

—¿Está usted seguro de que era para hoy?

—¡Que si estoy seguro!... —murmuró don Luis.

Sudaba por la frente, por el comienzo de la cabeza calva y por los costados, a pesar de que el calor y la tarde caían vencidos. Era un hombre menudo, moreno, nervioso y muy indeciso; lleno de dudas.

—¡Vaya un calor que hace aquí! —exclamó.

—¿Y ahora lo dice usted? Pues ya hace menos del que hizo. Es una cosa general. En todas partes...

Julián movía la cabeza con suficiencia, mientras enjuagaba unos vasos en la pila del mostrador de zinc.

—Me iría un momento a casa si no fuera porque... —comenzó don Luis, acercándose a la barra, aunque seguía mirando afuera, a la calle.

—No va a tener tan mala pata —le animó Julián.

—¿Tú crees?

Julián hizo un gesto displicente y alegre.

Mirando al teléfono, don Luis murmuró:

—Mira que si me llaman mientras estoy fuera...

—También sería mala sombra.

—Desde luego.

—No se preocupe. Yo creo que puede irse tranquilo.

Don Luis pareció estudiar sus palabras con una honda y fija meditación.

—Si acaso me llaman... —comenzó.

Se miraron ambos por un momento, en silencio, solos en medio del bar, y don Luis acabó, con un gesto de desaliento:

—No, nada.

—Lo que yo pueda hacer... —le animó Julián, sin muchas ganas—, ya sabe usted, don Luis...

—Vengo en seguida —cortó él entonces, y se fue.

Volvió más tarde y le preguntó a Julián si había habido algo, y Julián le dijo que no, que no había habido nada. De nuevo estuvo el bar casi lleno de gente, al atardecer y por la noche, y don Luis permaneció allí esperando y, de paso, tomando algo, pero no le llamaron. Sonó el teléfono un par de veces, pero era para otras de allí; una chica, en una ocasión. Cuando oyeron el timbre, las miradas de don Luis y de Julián se cruzaron y ambos permanecieron quietos y expectantes hasta que se averiguó lo que pasaba, por quién preguntaban. Las dos veces cogió el teléfono Rosita, que aparecía allí de improviso y con una rapidez increíble. También ella estaría esperando que la llamaran, seguramente un hombre, un posible novio.

Por la noche ya había alguna gente que sabía que don Luis esperaba su llamada, y esta gente hacía algunos comentarios y miraba a veces a don Luis, e incluso alguno le preguntó o le dijo, comentándolo: «¿Qué... seguimos esperando...?», y en una ocasión, cuando el timbre del teléfono sonó con insistencia a eso de las doce, varios de ellos se miraron y casi todos se callaron de golpe y miraron más o menos disimuladamente a don Luis, que era el que descolgaba el aparato con una entereza que no lo

graba ocultar toda su ansiedad y que preguntaba, conteniendo el aliento: «¿Diga...?»

Permaneció allí hasta que cerraron el bar —les pareció a Julián y a Cándido que inútilmente: «No creo que lo vayan a llamar a estas horas», le dijo uno de ellos, pero don Luis siguió pensativo y apenas movió de arriba abajo, asintiendo, la cabeza—, y luego se fue a su casa.

No tenía teléfono, y durmió muy mal, casi no durmió en toda la noche.

\*\*\*

Los días siguientes se los pasó casi íntegros en lo de Cándido, esperando la llamada. A veces le decía a Julián, cuando estaban solos: «He estado pensando y creo que ya sé lo que ocurre. Pero de hoy no puede pasar, te lo digo yo; hoy me llaman.» Julián hacía un gesto de escepticismo, al principio, pero luego asentía y callaba. Cuando salía, por un momento, solía advertirle: «Si me llaman, me das una voz y vengo corriendo; estoy al lado, en casa del practicante»; o bien: «Voy un momento a ver a Faustino; pégame un grito y ya te oíré, que estaré atento.» La vez en que tuvo que irse corriendo a casa, le rogó: «Hazme el favor: si acaso, mándame en una carrera al chico, que vengo en un volado, ¿eh?, Rodrigo», concluyó, dándole una palmada al muchacho, que servía la cerveza y el vino en su bandeja, por entre los parroquianos.

Julián lo veía irse con inquietud, con lástima. «¿Por qué no lo llamarán de una vez? —se preguntaba—. No, si cuando yo digo que este mundo anda mal...» Julián se imaginaba a don Luis en su casa —a lo mejor en el water, nervioso y envuelto en sudor—, o en la tienda de Faustino, o entretenido con el practicante y preguntándose continuamente, angustiado, si lo estarían llamando en aquel momento, o bien dudando si la voz que acababa de oír sería la suya: «¡Eh, don Luis, que lo llaman, QUE LO LLAMAN!», o sería un grito de cualquier chiquillo en la calle o no serían, a fin de cuentas, más que imaginaciones suyas, que vivía obsesionado por aquello.

Cada vez que volvía al bar, don Luis le preguntaba con ansiedad:

—¿Qué...! ¿Ha habido algo?

A Julián se le partía el corazón al tener que responder:

—Nada, don Luis, todavía nada.

Alguna vez le oyó exclamar, algo indignado:

—¡No sé qué le pasa a esta gente! ¿Qué estarán esperando? Ya me empiezo a hartar..., y lo voy a mandar todo a...

—Tenga un poco de calma... —respondió.

—¿Calma? ¿Calma yo? —don Luis estaba fuera de sí—. ¡Pero, hombre...!

—Ya, ya... —y Julián se encogía de hombros y extendía las manos, con las palmas vueltas hacia adelante.

—¿No ha habido nada? —volvía a preguntar don Luis poco después, cuando volvía de alguna de sus nuevas gestiones.

Julián negaba con la cabeza.

—¡Me ca...! —y daba un puñetazo en el aire.

En otras ocasiones parecía más templado, más conforme con su suerte, y solo murmuraba, sumiso:

—Bueno, habrá que tener paciencia. Ya llegará... Ya llamarán.

—Eso digo yo, don Luis, eso digo yo —respondía entonces Julián.

Nunca se alejaba mucho del bar. Cuando lo hacía, por necesidad o por lo que fuera, siempre dejaba dicho dónde estaba, dónde se le podía encontrar. Julián, para quien su problema se había hecho casi cosa propia, tomaba buena nota y le decía que no se preocupara, que se fuera tranquilo. Pero a veces los asuntos de don Luis se complicaban, y en los sitios donde le había dicho a Julián que le buscaran, dejaba indicado que si acaso le llamaban del bar, fueran a avisarle a tal o cual otro lugar. Aun así, el hombre nunca andaba completamente tranquilo; pensaba que cualquier contingencia podía echar abajo todas sus previsiones y sus cálculos, puesto que la llamada podía llegar en el momento más inesperado.

Una tarde le dijo a Julián que si le llamaban fuera a buscarle a casa de Faustino, el taxista, que libraba aquel día; pero Faustino y su mujer no estaban; se habían ido al campo, y entonces le rogó a la portera

**SIGUE**



# EL HOMBRE QUE ESPERABA UNA LLAMADA

que si venían en su busca de parte de Cándido, les indicara que él estaba en el periódico, allí al lado, en Narváz, donde tenía que poner un anuncio; a Basilio, el conserje del periódico, le dijo, después de mandar subir unas cervezas y charlar un buen rato con él, que si venían, etcétera, mandara por alguien a darle el recado a casa, y cuando se encontró en su casa, solo y a oscuras, en silencio, se dio cuenta de pronto de que aquello iba a ser demasiado complicado y no iban a encontrarle, de seguro que no iban a dar con él, y entonces bajó rápidamente y se fue casi corriendo al bar, donde Julián le tranquilizó, diciéndole que no había habido nada, de momento.

—¿Seguro que...? —se atrevió a preguntar don Luis.

Aquello a Julián casi le ofendió.

—¡Hombre, don Luis...! Si estaré yo atento.

—Perdona, Julián —murmuró entonces, pasándose vagamente la mano por la frente y el pelo, como si despertara de un sueño turbio—. Es que estoy tan preocupado... Si no fuera por ti... Nunca me cansaré de darte las gracias por lo que haces.

—Yo... —se disculpó el camarero—. A ver cuándo le puedo dar la buena noticia.

Don Luis sonrió un poco, enterrecido.

—Ya llegará —dijo—, ya llegará. Esto tiene que tener una recompensa, porque si no... Me la están haciendo desear bien...

—¡Digo...! —exclamó Julián, jovial.  
—Ese día lo vamos a celebrar a modo.

Julián rió alegremente. En aquel momento de confianza, le preguntó:

—¿Eh... es muy importante?

—¡Que si es importante! —repuso don Luis con un amplio gesto—. ¡Jo...!

\*\*\*

Faustino y su mujer le invitaron a la excursión que tenían preparada para el domingo. Irian al Alberche en el taxi y llevarían la comida y los trajes de baño. A don Luis le gustó la idea y aceptó en seguida. Aquellos

últimos habían sido los días más calurosos de todo el verano, en Madrid, y le pareció que se encontraba un poco flojo y debilitado y que un día de campo le vendría muy bien. Podría olvidarse, por un día, de todas sus angustias y preocupaciones, y disfrutar de un poco de paz y descanso. Sin embargo, no pudo evitar preguntarle a Faustino, a última hora:

—Oiga, ¿y a qué distancia está eso del Alberche?

—A unos ochenta kilómetros, más o menos. Pero no se preocupe, es buena carretera.

—No, si... —quiso disculparse don Luis.

—Se fue, y cuando llegó el sábado, por la tarde, después de pensarlo mucho y analizar detenidamente su situación, se acercó a casa de Faustino, que no estaba, y allí habló con su mujer.

—Cuánto lo siento —le dijo—. Es que no puedo ir mañana con ustedes; me es imposible...

—¿Que no viene de jira? —gritó la mujer de Faustino, extrañada.

—Es que no puedo. Tengo una cosa que hacer, que...

—¡Hombre de Dios! ¡No me diga usted eso!... Si lo tenemos todo preparado... ¡Venga usted, hombre! ¡No puede dejar eso para otro día? ¡Ni un domingo...?

—No sabe cuánto lo siento —murmuró don Luis, abatido.

—Mire, tenemos una nevera portátil para las bebidas —la mujer se metió en la cocina y salió con una bolsa de plástico blanco en la mano—. Mire usted, la ha comprado Faustino para mañana. Aquí se meten las botellas, se llena todo de hielo... y aguanta heladito desde la mañana a la noche. Se corre la cremallera... —la corrió, con el albedo característico—, y ya está. ¿Eh, qué le parece? ¡Y yo preparando la comida! Hombre, no sea usted así...

Don Luis estaba avergonzado y no sabía qué hacer.

—Con nuestra mesa portátil, nuestras sillas plegables, nuestro transistor... Y el domingo, que salen los periódicos tan bien... con tanto qué leer y tantos colores... ¿No ha estado usted nunca en el Alberche? ¡Da gusto ver por allí a los hombres, que han trabajado como negros durante toda la semana, verlos en camiseta o con el traje de baño, tirados por allí, leyendo el periódico con toda calma y bebiendo una cervecita bien fría!... ¡No sabe usted lo que se pierde!

Asentía, apesadumbrado, con esa resignación heroica del que sabe que no puede hacer otra cosa.

—Es que espero una llamada —le dijo en confianza a la mujer—, y no puedo estar fuera; usted comprenderá...

—Pero, ¿tiene que ser mañana precisamente cuando le llamen?

—¡Qué le voy a hacer yo!... —concluyó—. ¡Y bien que lo siento, puede creerme!

La mujer de Faustino le recomendó que se cuidara, que no trabajara tanto. Le preguntó por su señora y por los chicos. «Lo veo a usted un poco pálido. Lo que hace falta es tomar el aire y ponerse al sol. ¿Es que

no le sienta bien la vida "de soltero"?», y acabó con una risita y un guiño.

Le pasó lo mismo, días después, con la chica aquella que al principio le pareció un plan y luego resultó que lo era, en la terraza de uno de los bares de la calle Ibiza, en frente a la parada de taxis. Don Luis no tenía ganas de nada, y precisamente por esto, porque no buscaba, al ver el aspecto descarado y fresco de la chica que le hacía semejante pregunta, estuvo hablando con ella un buen rato y se encontró a sí mismo ocurrenciente y alegre, dentro de su indiferencia, de su cansancio; pero luego, cuando ya estuvo seguro de ella y le encontró verdadero interés y se vio envuelto en la ola cálida y mareante de sus deseos y de los planes comunes que iban haciendo para aquella misma tarde, se acordó de pronto, y se dijo: «Si me voy ahora con ella, me verá envuelto, en el mejor de los casos, durante toda la tarde; y tal vez dure incluso toda la noche, y no sé si hasta mañana por la mañana. ¿Y si mientras tanto me llaman? No, no puede ser.»

—Ahora que me acuerdo —le dijo—, hoy no puede ser.

Ella le contempló súbitamente irónica y burlesca, escéptica, sin decir nada. Le dejó hablar.

—Es que espero una llamada —declaró don Luis—. Sería una complicación que me anduvieran buscando mientras estoy contigo. No, no puede ser.

Y la dejó a la chica en la misma terraza del bar.

Ponían una buena película en el cine cercano, que, además, estaba refrigerado, y se le ocurrió ir a verla. Le indicó a Julián dónde iba a estar, por si acaso... «Descuide», respondió Julián, sin atreverse a mirarle a la cara, de escéptico que estaba ya, de lástima que le daba el hombre. «Si hay algo, le mando rápido el aviso, por Rodriguito.» Al portero del cine le dijo: «Oiga, si llega un chico por un asunto de una llamada, preguntará por mí; si hace usted el favor, me avisa; estaré por aquí atrás, en una de las últimas filas, al lado del pasillo», y le dio un duro.

Cuando la proyección de la película iba por la mitad, don Luis salió del cine, inquieto. Pensaba, como otras veces: Ahora me llaman, y a lo mejor el chico no está y Julián no puede dejar solo aquello, o, aunque el chico esté, y venga corriendo para acá, lo pilla un coche y se acabó, y si llega aquí, delante de la puerta del cine, a lo mejor el portero ha ido al water o a tomar un café —recordó su duro de propina— en ese momento, y ha dejado a un sustituto que no sabe nada y no le deja al chico que me avise. Además, puede ocurrir que vengan a buscarme y no me encuentren, no me vean en la oscuridad, o que se confundan y avisen a otro señor, que acaso esté también esperando una llamada.

Llegó ante Julián sofocado y nervioso, interrogándole ya desde lejos con la mirada.

—¿Nada?

—Nada, don Luis —respondió Julián—. ¿Qué le pasa a usted, que parece venir al galope? Oiga, además no le han dado tiempo de ver toda la película.

—No —confesó Luis—, me he salido a la mitad.

—¡Pero hombre! Si hubiera algo, ya le avisaría...

—Estaba intranquilo, no podía aguantar allí sentado. A veces me parece adivinar que me están llamando y tiemblo de solo pensar que no me encuentren en ese momento. No me lo perdonaría nunca.

—No se lo tome usted así. Hay que tener calma.

Don Luis asintió con un lento movimiento de cabeza, con un hondo suspiro.

Julián y él llegaron incluso a hablar, con respecto a esto del cine, que, estando la sala tan cerca, podría entretenerse allí y pasar buenos ratos si pudieran encontrar una fórmula segura para avisarle en caso de que le llamaran entonces. Llegaron a la conclusión de que había dos soluciones de bastante garantía. La primera consistía en hacerse muy amigo del portero y de un acomodador, por lo menos, del cine, para que pudieran transmitirle el aviso en perfecta coordinación: recibe el mensaje el portero, que, sin abandonar la puerta de entrada del cine (donde ha de permanecer constantemente para recoger las localidades de los espectadores que van llegando), lo comunica al acomodador, el cual conoce la localización exacta de don Luis, porque él ha sido quien lo ha llevado a su sitio, valiéndose de su linterna. La segunda solución, que acaso fuera la más perfecta y la menos expuesta a fallos de tipo humano, consistía en sustituir al acomodador por el operador del cine, de modo que el portero le transmitía a este la notificación y el operador, desde su cabina, se lo comunicaba a don Luis por medio de un breve anuncio, que podía escribir rápidamente con un bolígrafo, proyectado en la pantalla, interrumpiendo unos segundos el pase de la película. Así, por ejemplo: «Don que LO LLAMAN», y nada más. Con esto sería suficiente.

—Ya me enteraré yo de quién es el operador de ese cine —prometió Julián—. A lo mejor es cliente de la casa.

—No creo que eso dé resultado —renunció don Luis, meditando—. Me parece un poco complicado. Lo que tengo que hacer es sacrificarme. Ya he pasado mucho en la vida. Una cosa más...

Concluyó el tiempo de sus vacaciones, y de nuevo se incorporó al trabajo en su oficina, pero no por eso dejó de moverse constantemente por el barrio, buscando y buscando, siempre con la esperanza de recibir la llamada de un momento a otro. El aviso del que al principio había sido depositario solamente Julián, el camarero del bar de Cándido, lo había transmitido y propagado don Luis por todos aquellos sitios a los que le llevaba, bien el trabajo, el hábito o ese tipo de compromisos cívicos o familiares que siempre hay que cumplir. A la telefonista de la empresa le había advertido, el primer día, con voz acuciante y rápida: «Espero una llamada, señorita; cuando llegue, búsqume por donde esté hasta que me encuentre, que es muy importante.» «Si, señor —respondió la chica—, descuide usted; ya me ocuparé yo.»



Don Luis entraba en algunos establecimientos, en algunas casas particulares, con pasos apresurados y la mirada inquieta y fugitiva, y advertía antes que nada: «Espero una llamada; si preguntan por mí, avísenme en seguida»; luego resolvía el asunto que le había llevado a aquel lugar —en ocasiones no era más que una visita de cumplido—, y no se marchaba más que cuando veía que ya no le iban a llamar, que no le iban a llamar allí —pensaba él—, sino acaso seguramente a otro lugar, a otro número. Y así andaba locamente de un lado a otro lado.

«Espero una llamada», en el bar; «Espero una llamada», en la oficina; «Espero una llamada», en la farmacia; «Espero una llamada», en la conserjería del periódico, charlando con Basilio; «Espero una llamada», en casa de Faustino, en casa del practicante, en casa de su hermano, en casa de los padres de Clara, su mujer. «Espero una llamada», «ESPERO una llamada», iba diciendo don Luis, iba advirtiendo, iba susurrando, avisando, murmurando, gritando, pidiendo, confiando por todas partes.

Su mujer, cuando volvió con los chicos de veraneo, lo encontró desmejorado y triste.

A mediados del invierno fueron a ponerle, al fin, el teléfono en casa —lo había solicitado hacia tiempo—, y lo primero que hizo don Luis fue advertir a Clara y a los chicos, sobre todo a la niña, que ya había cumplido los dieciséis años, que allí no se iba a hablar más que lo estrictamente indispensable, y aun esto de manera muy breve. «Espero una llamada —le dijo con gravedad, casi con dramatismo—, y no quiero que esté el teléfono ocupado cuando me llamen.»

Desde entonces, acabado su trabajo y resueltos los asuntos de cada día en la calle, siempre atento y vigilante a la llamada, corría a casa para acechar desde allí la llegada de aquella voz que él esperaba, sentado junto al negro teléfono, taciturno y cada vez más vencido y más débil, con la mirada apagada y perdida. No era capaz de dormirse por las noches, y permanecía boca arriba con los ojos abiertos y fijos, escuchando todos los ruidos, hasta los más mínimos, de la casa, la calle y la ciudad entera, pero sin oír el ruido del timbre, uno, dos, tres o cuatro timbrajes de los del teléfono; escuchando los latidos y aguardando la llamada, que, como él bien sabía, podría llegar en cualquier momento y desde cualquier parte.

Uno de aquellos días pasó por delante del bar de Cándido, más flaco que nunca, abatido, mirando al suelo, y solo saludó vagamente con un leve movimiento de cabeza. Llevaba los hombros hundidos y todo su aspecto era descuidado y mísero.

Asomado a la puerta del bar, uno de los que estaban allí se volvió cuando lo hubo perdido de vista, y comentó:

—¿Has visto a don Luis? ¡Cómo está ese hombre...!

Julían dijo, de una manera patética:

—Espera una llamada... ¡Cómo va a estar, si espera que le llamen y no le llaman...!

Daniel SUEIRO

ILUSTRACIONES DE POZA

